

# NEW LEFT REVIEW 138

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO-FEBRERO 2023

## ARTÍCULOS

DYLAN RILEY & ROBERT BRENNER	Siete tesis sobre la política estadounidense	7
VOLODYMYR ISHCHENKO	¿Voces ucranianas?	33
CÉDRIC DURAND	El fin de la hegemonía financiera	45
PHILIP CUNLIFFE	Los significados del Brexit	65
CHRISTOPHER BICKERTON	Pensando como un Estado-miembro	75
THOMAS MEANEY	Las fortunas del <i>Green New Deal</i>	89

## ENTREVISTA

TARIQ ALI & ERNEST MANDEL	En el centenario de Ernest Mandel	117
---------------------------	-----------------------------------	-----

## ARTÍCULOS

CAITLÍN DOHERTY	Entre el ego y la libido	125
EKAITZ CANCELA & PEDRO M. REY-ARAÚJO	El experimento de Podemos	141

## CRÍTICA

SUSAN WATKINS	¿El imperio de los hechos?	167
MICHAEL CRAMER	Viento del Este	179
HARRIET FRIEDMANN	Los futuros de la agroganadería	189

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

**ts**  
traficantes de sueños



## CRÍTICA

Helen Thompson, *Disorder: Hard Times in the 21st Century*, Oxford, Oxford University Press, 2022, 384 pp.

SUSAN WATKINS

### ¿EL IMPERIO DE LOS HECHOS?

El proyecto de Helen Thompson tiene una ambición digna de admiración. Insatisfecha con los análisis de las turbulencias políticas y geopolíticas de la última década, que ponen en primer plano las revueltas populistas contra el orden internacional-liberal –Thompson trae a colación *The People vs Democracy* (2018), de Mounk, *What Is Populism?* (2016), de Müller, *The Retreat of Western Liberalism* (2017), de Luce, y *The Fate of the West* (2017), de Emmott–, nuestra autora se propone ofrecer una explicación exhaustiva del desorden que da título a su libro, para lo cual sitúa sus causas en un conjunto de conmociones determinantes de orden estructural verificadas en las esferas geopolítica, económica y político-nacional, cuya articulación garantiza sus repercusiones recíprocas, las cuales a su vez intensifican las líneas de fractura históricas presentes en las mismas. Su libro ofrece un análisis deliberadamente esquemático, que concede una especial importancia a los «conflictos materiales y al poder geopolítico» en vez de a la cultura o a las ideas. La cuestión del control del petróleo y el gas ocupa un lugar central en su historia o historias, ya que Thompson ofrece relatos diferenciados para cada una de sus tres esferas, porque la historia del siglo pasado es «impenetrable», argumenta, si se ignora este vínculo fundamental entre lo económico y lo geopolítico.

El resultado es a menudo esclarecedor y arroja una nueva luz sobre hitos históricos conocidos. El punto de partida de *Disorder: Hard Times in the 21st Century* es el ascenso de Estados Unidos como potencia mundial –y como nación productora de petróleo– justo cuando la «era energética del carbón»

daba paso a la «era del carbón y el petróleo». El petróleo, escribe, transformó una sociedad rural impulsada por la madera en una potencia industrial capaz de hipnotizar a Europa. Bombeada en Pensilvania desde la década de 1860, la producción petrolífera estadounidense pronto rivalizó con la del principal productor mundial, la Rusia zarista. En la década de 1870 la presencia predominante de Standard Oil en el refinado y el transporte de crudo, convirtió a esta empresa en competidora de Rusia por el floreciente mercado europeo del queroseno. En 1908 la demanda de petróleo se transformó, cuando los primeros automóviles salieron de la cadena de montaje de Ford. Tres años más tarde, los buques de la Royal Navy sustituyeron el carbón por el petróleo. En 1914 Estados Unidos abastecía dos tercios del mercado mundial. Como potencia emergente, ya predominante en su propio hemisferio, su ventaja sobre Gran Bretaña no era solo el tamaño y la población, escribe Thompson, sino, «de modo más inmediato», el petróleo.

*Disorder: Hard Times in the 21st Century* considera la Primera Guerra Mundial enmarcada en la lucha librada entre Londres y Berlín por el control de los yacimientos petrolíferos otomanos y persas, ganada, por supuesto, gracias a su ejército indio, por Gran Bretaña, que se otorgó a sí misma un mandato de la Sociedad de Naciones para gobernar gran parte de Oriente Próximo. En la década de 1920, momento en el que la producción petrolífera soviética se hallaba noqueada por la guerra civil, el Reino Unido controlaba la mitad de las reservas mundiales conocidas, mientras que Estados Unidos, tras haber agotado sus pozos para colmar el esfuerzo bélico aliado, se convirtió en importador neto. Los descubrimientos efectuados en Texas pronto cambiaron esta situación y así Washington pudo esgrimir el arma del petróleo contra el expansionismo japonés en la década de 1930. La Segunda Guerra Mundial, que surcó continentes y océanos con bombarderos, acorazados y portaaviones sedientos de petróleo, «desencadenó el poder energético estadounidense», dicho con las palabras de Thompson, convirtiendo la potencia militar y financiera estadounidense en una presencia abrumadora en Eurasia». Aquí se dibuja la primera línea de fractura: como «potencia no euroasiática presente en Eurasia», Washington siempre fue una presencia extraña en el supercontinente, que siguió siendo el «centro de gravedad» histórico-mundial.

La segunda línea de fractura remite a la división de Europa en bloques enfrentados durante la Guerra Fría, hecho que dividió en dos a Alemania, lo cual introdujo nuevas fisuras potenciales: Europa Occidental pasó a depender de una potencia exterior para su seguridad con la formación de la OTAN en 1949, colocada bajo mando militar estadounidense. Y mientras procedía a la reconstrucción de la economía alemana como piedra angular de una Europa próspera y del «mundo libre», Washington también la encerraba en la dependencia de los suministros petrolíferos controlados por Estados

Unidos. Este hecho, en opinión de Thompson, dio lugar a una tercera fractura, energética esta vez, que corría entre Alemania y la URSS y que fue impuesta por el gobierno de Truman en 1949, cuando decretó un embargo a las importaciones soviéticas de petróleo, que debía ser gestionado por la OTAN. Entre las hercúleas tareas de Washington en Eurasia se incluía la de garantizar la creciente dependencia de Europa Occidental del petróleo de Oriente Próximo, que era bombeado en gran parte por las grandes empresas petroleras estadounidenses, transportado en petroleros estadounidenses y pagado en dólares suministrados por la ayuda y los préstamos estadounidenses.

Atareado con su titánico trabajo en el otro extremo del continente, en Japón y Corea, Washington incorporó a Turquía a la OTAN, pero por lo demás cedió a Londres la tarea de mantener el orden en Oriente Próximo, lo cual suponía la prolongación del papel desempeñado por Gran Bretaña durante el periodo de entreguerras. Sin embargo, argumenta Thompson, la renuencia de Estados Unidos a colocar sus propias tropas en Oriente Próximo introdujo una cuarta línea de fractura: el Reino Unido demostró ser el eslabón débil de tal estrategia, dado que carecía de los recursos militares necesarios para desempeñar esa tarea, puesto que la independencia de la India le había privado de su infantería imperial. A pesar de ello, el Reino Unido intentó hacer valer su peso como actor independiente mediante la invasión anglo-franco-israelí de Egipto en 1956, concebida para bloquear la nacionalización del Canal de Suez por Nasser. El gobierno de Eisenhower puso fin a la intentona, pero el resultado de ello fue abrir nuevas fisuras en la alianza atlántica. Francia se tragó sus reservas y firmó el Tratado de Roma con Alemania y los países del Benelux, con la condición de que Italia también se adhiriera al mismo. Igualmente importante para la historia que cuenta *Disorder: Hard Times in the 21st Century* es el hecho de que tras la crisis de Suez primero Italia y luego Alemania y Austria empezaron a comprar petróleo soviético y a construir el oleoducto *Druzhiba* (amistad), que corría de este a oeste, lo cual soliviantó los ánimos en el Congreso estadounidense, en cuya sede el senador Hubert Humphrey afirmó que las exportaciones de petróleo soviético eran una amenaza para Estados Unidos comparable al Ejército Rojo. En 1962 el gobierno de Kennedy intentó utilizar la crisis de los misiles cubanos para obligar a las empresas europeas a que dejaran de vender tuberías de diámetro ancho a la URSS.

Al tiempo que suturaba la línea de fractura energética germano-soviética, el oleoducto *Druzhiba* agravaba otras disputas, dado que sus bajos precios desestabilizaron el mercado petrolífero de Oriente Próximo gestionado por Estados Unidos. Los Estados árabes, ahora modernizados y seguros de sí mismos, se rebelaron cuando los estadounidenses intentaron imponer un precio del petróleo más competitivo para debilitar la posición de Moscú,

creando a modo de revancha la OPEP. Las guerras árabe-israelíes de 1967 y 1973 se cobraron un alto precio de los partidarios estadounidenses de Israel: las fisuras geopolíticas de Oriente Próximo se convirtieron en grietas económicas, cuando la OPEP impuso subidas de precios y un embargo petrolero, justo cuando la producción doméstica estadounidense de petróleo estaba disminuyendo. La respuesta económica de Washington, que abandonó unilateralmente el patrón del dólar-oro vigente en el sistema monetario mundial desde 1944 por un sistema dólar puro, instigó nuevos conflictos cuando Francia y Alemania pusieron en marcha la creación de la moneda única europea, lo cual a su vez provocaría futuras fisuras en el seno de la UE. En opinión de Thompson, la contradicción geopolítica existente entre la voluntad estadounidense de «controlar el grifo del petróleo» de Oriente Próximo, como afirmó el secretario de Energía de Carter, y su incapacidad de utilizar la suficiente fuerza militar para hacerlo, en un momento en que mantenía su peso en Europa y Extremo Oriente y libraba una guerra en Indochina, constituyó otra línea de fractura. Después de 1979, tras la revolución iraní y la entrada soviética en Afganistán, acontecimientos ambos resultado de lo que podríamos denominar fisuras sociales, la política estadounidense se volvió, como Thompson dice, más agresiva, si bien Estados Unidos seguía «careciendo de la capacidad militar para imponer un orden regional en Oriente Próximo».

En términos energéticos, las décadas de 1970 y 1980 trajeron «la era del petróleo y el gas». Los altos precios registrados durante la primera ayudaron a atraer inversiones para la búsqueda de nuevos yacimientos en Alaska, México, Siberia y Kazajistán, iniciativas que ampliaron también las fisuras transatlánticas. De acuerdo con lo afirmado en *Disorder: Hard Times in the 21st Century*, la constitución de un consorcio germano-soviético liderado por el Deutsche Bank y organizado para la construcción de un nuevo gasoducto procedente de Siberia precedió al endurecimiento de la Guerra Fría durante la presidencia de Reagan, que aprovechó la declaración de la ley marcial en Polonia en 1981 para imponer duras sanciones a las empresas europeas implicadas en su construcción. A diferencia de las actitudes predominantes hoy en día, el secretario de Comercio de Thatcher arremetió contra esta «extensión inaceptable de la jurisdicción extraterritorial estadounidense, de una forma que repugna al derecho internacional». El gobierno de Schmidt insistió en que el oleoducto seguiría adelante. El mejor acuerdo que Washington pudo imponer en ese momento fue el que estipuló que solo el 30 por 100 de la energía europea procedería de la URSS.

Desde la perspectiva de *Disorder: Hard Times in the 21st Century*, la energía jugó un papel clave en la caída del bloque soviético. La caída de los precios del petróleo en 1986, resultado del aumento de la producción, la recesión estadounidense y la devaluación del dólar, resultó ser «geopolíticamente

transformadora», escribe Thompson. La URSS había llegado a depender tanto de los elevados ingresos procedentes del petróleo, que ya no podía funcionar sin ellos y en consecuencia no estaba en condiciones de defender económicamente a sus gobiernos clientes de Europa Central contra las revueltas populares de 1989. Sin embargo, en opinión de Thompson, las fisuras de la Guerra Fría no se cerraron con la disolución de la URSS, sino que permanecieron activas, recubiertas por las nuevas líneas de fractura geopolíticas abiertas por la era de la globalización. Aunque Alemania crecía y Rusia menguaba, las relaciones entre ambos países perduraban y así las garantías energéticas de Berlín se situaban cada vez más al margen de la OTAN. Sin embargo, para los nuevos Estados independientes surgidos y situados entre estas dos grandes potencias, la OTAN tenía una importancia suprema.

El análisis de Thompson de las líneas de fractura presentes en la política interna, reservada para la sección final del libro, que es la más explícitamente teorizada de *Disorder: Hard Times in the 21st Century*, contrasta netamente con la literatura sobre el «populismo» de la década de 2010. Para Thompson, las nociones de democracia liberal comprendidas como un absoluto atemporal y desvinculadas de las condiciones históricas de los sistemas representativos realmente existentes, solo pueden distorsionar el análisis político. Al igual que lo hace la contraposición de la democracia liberal a las naciones, que siempre han proporcionado el marco y los recursos que la democracia representativa necesita para funcionar. Tampoco suscribiría ella una definición de democracia basada en la existencia de instituciones: el desenvolvimiento de las condiciones económicas y geopolíticas desestabilizan necesariamente un determinado orden constitucional existente, como ya sabía Maquiavelo, y en consecuencia las formas de gobierno tienen que cambiar o decaer.

Tomando prestado el modelo de Polibio de las formas constitucionales, cada una de ellas dotada de su propia tendencia al exceso –la monarquía a degenerar en tiranía, de la aristocracia en oligarquía, la democracia en gobierno de la turba–, Thompson se interroga por las posibles combinaciones de formas susceptibles de ser encontradas hoy en día en las democracias representativas. Históricamente, sus parlamentos surgieron como órganos aristocráticos de sufragio limitado, a menudo «injetados» en una determinada monarquía. Como reacción a la evolución geopolítica y socioeconómica –guerras, industrialización– las monarquías ampliaron el grupo de aquellos dotados de derecho al voto, pero conservando todavía innumerables propensiones «aristocráticas» –autoridad concentrada en las manos de unos pocos y propensa a su captura oligárquica por parte de la clase económicamente dominante–, cuyos excesos inducen el riesgo de provocar la rebelión desde abajo. Al mismo tiempo, las democracias representativas pueden ser proclives a los excesos «democráticos»: demagogia, cesarismo, atropello de las minorías, etcétera. incluyendo, aunque Thompson es ambivalente al respecto, los propios excesos de la minoría de grandes propietarios.

Analizar una determinada democracia liberal dada supone dilucidar qué mezcla de rasgos aristocráticos y democráticos contiene y hacia dónde tienden estos. Thompson compara los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial acaecidos en Francia e Italia, donde, dada la presencia de poderosos partidos comunistas, «el impulso democrático fue fuerte», con la Constitución impuesta por los Aliados a Alemania, caracterizada por sus «salvaguardias contra los excesos democráticos», como atestigua la inclusión de un poderoso tribunal constitucional, que proscribió al partido comunista, o la prohibición de los referendos. En términos más generales, Thompson sostiene que el periodo de posguerra ofreció las condiciones externas propicias –la existencia de controles de capital acordados en Bretton Woods, un robusto crecimiento– para la existencia del Estado fiscal democrático como forma de la «nacionalidad económica» en la que el Estado, en nombre de la nación», asumía la responsabilidad última de la garantía del empleo, la inflación, la agricultura y las políticas sociales, lo cual hacía que, a pesar de las desigualdades de clase existentes, «la comunidad política compartiera un destino material común». Persistían poderosos rasgos «aristocráticos», de modo más marcado en Estados Unidos cuando emergió de la Segunda Guerra Mundial: la presidencia imperial blandía el poder militar estadounidense con una participación mínima del Congreso; el brazo de Wall Street en Londres, el mercado del eurodólar, se hallaba fuera del alcance de la jurisdicción nacional estadounidense; las fuerzas de seguridad e inteligencia operaban independientemente de los gobiernos elegidos.

Thompson sostiene que los cambios de la década de 1970, iniciados por los gobiernos de Nixon y Carter –dólar fiduciario, crecimiento de las finanzas, el *shock* Volcker, la deslocalización de la producción, la desindustrialización– aceleraron el «descenso hacia el exceso aristocrático», agravado por una creciente desigualdad socioeconómica caracterizada por salarios reales estancados y un fuerte crecimiento de los precios de los activos. El comportamiento de la Unión Europea después de Maastricht sintetizó esta degeneración oligárquica, que vio como sus ámbitos supranacionales se hallaban dominados por los grupos de presión de las grandes empresas. La moneda única amplificó estas características, afirma Thompson: el BCE estaba menos «democráticamente conectado» que el Bundesbank. Con el retorno de los flujos de capital capaces de moverse sin restricciones y el aumento de la producción subcontratada, la nacionalidad económica se vació de contenido; el potente concepto de nación se vació de mucha de su sustancia experiencial más allá de la identidad étnico-nacional. A partir de la década de 1990, estas líneas de fractura de los ordenes nacionales corrieron parejas a las líneas de fractura surgidas en el orden internacional, si bien amortiguadas en un primer momento por la abundancia del crédito barato producto del concomitante ascenso de China.

Aclamado como el amanecer de un orden liberal internacional liderado por Estados Unidos, el final de la Guerra Fría se tradujo, por el contrario, en un mundo geopolíticamente peligroso, configurado al hilo de las nuevas fracturas surgidas a lo largo de Eurasia. Aunque Thompson reconoce el cambio tectónico provocado por el ascenso de China, *Disorder: Hard Times in the 21st Century* insiste en que la comprensión de los problemas actuales debe comenzar al otro lado del supercontinente. En este sentido, Thompson sostiene que dos iniciativas tomadas por los gobiernos de Clinton-Bush fueron decisivas para conectar las líneas de fractura geopolíticas, económicas y domésticas. En primer lugar, la expansión de la OTAN en Europa del Este, que llegó a las fronteras de Ucrania en 2004, cuando la Revolución Naranja abrió una nueva línea de fractura en el seno de la propia Ucrania. En segundo, la intervención militar a gran escala en Oriente Próximo, efectuada bajo la errónea premisa de que el poderío militar estadounidense podría ahora remodelar la región, fracasó estrepitosamente tras la invasión de Iraq. *Disorder: Hard Times in the 21st Century* considera esta intervención «excepcionalmente destructiva» para la OTAN, ya que enfrentó a Francia y Alemania con Estados Unidos, a la «Nueva Europa» contra la «Vieja Europa». En 2005, afirma Thompson, muchas de las tensiones que estallarían tras la crisis financiera de 2008 ya estaban presentes y desplegando sus efectos. El déficit de producción de petróleo causado por la guerra de Iraq, unido a las crecientes necesidades energéticas de China, contribuyeron a elevar los precios del petróleo por encima de los 100 dólares el barril. Al mismo tiempo, la Reserva Federal comenzó a subir los tipos de interés, mientras surgían incipientemente tensiones comerciales entre Estados Unidos y China al hilo de las cuales el Congreso estadounidense acusó a Pekín de que su política cambiaria estaba destruyendo puestos de trabajo estadounidenses. Ese mismo año, con desdén oligárquico, la Unión Europea siguió adelante con un tratado previamente rechazado por los votantes, Schroeder y Putin firmaron el acuerdo sobre el gasoducto Nord Stream I y Yuschenko, el nuevo presidente ucraniano, prometió convertir a su país en miembro de la OTAN.

Thompson interpreta 2008 «no como un crac, sino como varios»: una desaceleración, provocada por la subida de los precios del petróleo y de los tipos de interés, precipitó el colapso del mercado inmobiliario estadounidense y la crisis bancaria de septiembre de 2008, las cuales se combinaron con la crisis de los precios del petróleo para producir la Gran Recesión. En el ámbito nacional, la «furia de clase» contra los excesos aristocráticos de los rescates bancarios y las políticas de austeridad exacerbaron las líneas de fractura políticas, desencadenando conflictos distributivos. Thompson ofrece una lectura detallada de las consecuencias de esta situación en el Reino Unido, Estados Unidos y en la Unión Europea, efectuando una aplicación matizada de sus términos polibianos. El Brexit es analizado como



una revuelta democrática contra unos poderes establecidos que no rinden cuentas, señalando que el 75 por 100 de los diputados británicos apoyaba la permanencia en la UE, pero solo el 48 por 100 de los votantes se mostraba partidario de la misma, aunque el movimiento pro abandono de la Unión Europea fue culpable de «exceso democrático» contra la minoría inmigrante. Trump continuó la tradición de los *populares* romanos, utilizando la demagogia democrática para azuzar a la turba contra sus compañeros oligarcas y los enemigos extranjeros. En la Eurozona, donde el sufrimiento económico se vio agravado por el endurecimiento de los tipos de interés por parte del BCE mientras los precios del petróleo se disparaban por encima de los 130 dólares el barril, ejemplo flagrante de exceso aristocrático, los tecnócratas, sin embargo, no lograron contener o maniobrar en gran medida a los movimientos populares surgidos en Grecia, Italia y España.

Pero para *Disorder: Hard Times in the 21st Century* las consecuencias más importantes de la crisis fueron económicas y geopolíticas. Los programas de flexibilización cuantitativa implementados por la Reserva Federal estadounidense transformaron los mercados financieros, reduciendo el tamaño relativo de las carteras chinas al tiempo que inundaban de recursos líquidos a la industria del *fracking*. La producción de petróleo estadounidense pasó de 8,6 millones de barriles diarios en 2010 a 18 millones en 2019. El regreso de Estados Unidos como gran productor de petróleo y gas causó una «inmensa perturbación geopolítica». En primer lugar, afirma Thompson, envalentonó a Washington para alejarse de su fracasada reingeniería militar practicada en la región de Oriente Próximo para concentrarse en la contención de China; la retirada parcial decidida por Obama creó entonces un vacío que absorbió a las potencias regionales –Turquía, Rusia, Irán, los Estados del Golfo– en la catástrofe que Estados Unidos había producido. En segundo lugar, Washington empezó a competir mucho más agresivamente con Rusia por el mercado europeo del gas, lo cual tomó la forma de nuevas guerras sobre los oleoductos y gaseoductos: en 2014, tras la anexión rusa de Crimea, Obama no perdió un momento para imponer sanciones a las empresas europeas involucradas en la construcción del South Stream, mientras que en 2018 Trump sancionó la construcción del Nord Stream 2. En tercer lugar, la flexibilización cuantitativa envió flujos disruptivos de capital caliente a las economías de los BRIC, lo cual tuvo consecuencias nefastas cuando la Reserva Federal empezó a atemperar el uso de tal instrumento, que se manifestaron en forma de nuevos desórdenes económicos y políticos –desplome de los precios del petróleo, protestas populares, intentos de golpe de Estado– en Brasil, Turquía y Ucrania.

En otras palabras, a contrapelo de los escenarios del declive de Occidente, Estados Unidos salió fortalecido de la crisis como potencia financiera y energética. Esta es la principal conclusión de *Disorder: Hard Times in the 21st*

*Century*. Sin descartar otros factores histórico-nacionales y geopolíticos, este bandazo de Estados Unidos constituyó una importante fuente de perturbación, que aceleró la creciente penetración de la economía internacional por la geopolítica, lo cual reconfiguró el mundo que la globalización había creado. Thompson tiene cuidado de matizar la afirmación. La revolución del *fracking* demostró ser una ilusión parcial, dado que el petróleo de esquisto extraído en Estados Unidos es demasiado ligero para las refinerías estadounidenses, lo cual hacía las importaciones todavía necesarias, aunque ahora estas procedían más de Canadá y México que de Oriente Próximo. Igualmente, el gas extraído mediante el *fracking* era mucho más caro que el ruso y también más nocivo en cuanto a los niveles de metano emitidos, ante lo cual, afirma Thompson, el gobierno de Biden se ha mostrado reacio a intervenir. Además, independientemente del origen de sus fuentes de aprovisionamiento, el control de la producción petrolífera de Oriente Próximo sigue siendo de vital importancia geopolítica para Washington, ya que es la principal fuente de abastecimiento de petróleo de China. Estados Unidos sigue militarmente ligado al Golfo Pérsico como una potencia exterior incapaz de remodelar la región como esfera de influencia, concluye Thompson. Las líneas de fractura energéticas y securitarias siguen atravesando Eurasia, mientras la política interior de Estados Unidos y de Europa siguen desgarradas por el descontento.

Thompson, profesora de Ciencias Políticas en Cambridge, ya ha abordado algunos de estos temas previamente. *Might, Right, Prosperity and Consent* (2008) examinaba la relación existente entre las democracias nacionales y la economía internacional; *China and the Mortgaging of America* (2010) analizaba la interacción de la política nacional y la interdependencia económica a través del prisma de la debacle de las hipotecas de alto riesgo. *Oil and the Western Economic Crisis* (2017) se centró en cambio en los hidrocarburos. *Disorder: Hard Times in the 21st Century* es algo así como una amalgama de estos libros, pero concediendo un mayor protagonismo a la geopolítica; quizá esto se deba a su columna publicada en *The New Statesman* o a su participación en el podcast *Talking Politics*, donde Thompson desbarataba sin contemplaciones las insustanciales especulaciones de David Runciman. Intelectualmente, ha señalado sus deudas con sus colegas John Dunn y Geoffrey Hawthorn y, más indirectamente, con J. G. A. Pocock. Políticamente, Thompson es escéptica y rechaza gran parte (aunque no toda) la sabiduría convencional, pero sin ofrecer una visión alternativa del mundo que la sustituya; como resultado de ello sus columnas de opinión pueden presentar en ocasiones una vena radical y en otras conservadora.

El tono desapasionado de *Disorder: Hard Times in the 21st Century* lo distingue de gran parte de la literatura de la década de 2010 sobre el auge de los populismos, de derecha e izquierda, y el supuesto declive del orden liberal

internacional. Es probable que su libro resista la prueba del tiempo mejor que los de Luce y Emmott, o los de Mounk y Müller. Aunque fue concluido antes de la invasión rusa de Ucrania, el libro no ha sido desfasado por la guerra, librada a lo largo de una de las líneas de fractura, cuya emergencia ella ya había percibido en 2005. Su análisis de Estados Unidos como potencia petrolífera y la larga historia de sus intentos de bloquear el acceso ruso a los mercados energéticos europeos y de obligar a las compañías europeas a cumplir con este designio son toda una revelación. Incluso los ahora omnipresentes llamamientos a Europa para que «abandone su dependencia adictiva del gas ruso barato» resultan ser una locución empleada por Nixon durante los días del embargo petrolero árabe. Thompson es más drástica sobre los resultados obtenidos por Biden respecto al *fracking* y los sucios secretos ligados al *boom* del mismo que muchos ecosocialistas. Su razonamiento sobre el papel desempeñado por la energía en los desordenes mundiales tampoco es en absoluto reduccionista por su unilateralidad económica, como sería el caso si afirmase que la estrategia estadounidense está motivada por la captura mercantilista de las reservas de petróleo. Como deja claro, el objetivo es competitivo y, por lo tanto, relativo: impedir su control por parte de otras potencias.

No obstante, la incesante atención prestada por Thompson a los «conflictos materiales y al poder geopolítico», con exclusión de las ideas y las ideologías, significa que concibe Oriente Próximo sin considerar que el sionismo y el nacionalismo árabe sean factores operativos en el mismo; en el siglo XX de Thompson, el enfrentamiento entre capitalismo y comunismo no desempeña ningún papel. Posiblemente la rehabilitación del hecho nacional para las democracias representativas por parte de Thompson le impide lidiar con los nacionalismos en el escenario mundial, lo cual se imbrica con otra perplejidad suscitada por el libro: el dispar tratamiento metodológico de la política nacional e internacional efectuado en el mismo. Por supuesto, ambas esferas operan sobre bases diferentes y la política de masas está relegada principalmente a la primera, especialmente en esta época de «exceso aristocrático» en la que elites no elegidas dirigen los recursos militares de la nación. Sin embargo, la relación entre ambas esferas ha sido una cuestión central para el pensamiento político desde Tucídides hasta Trotsky. Circunscrita por sus categorías polibianas, las evaluaciones efectuadas por Thompson de los acontecimientos políticos nacionales son matizadas y precisas, se esté o no de acuerdo con ellas. Sus juicios sobre las cuestiones internacionales pueden resultar más turbios y vagos: por ejemplo, la responsabilidad de la expansión de la OTAN efectuada por Clinton se atribuye a la incapacidad de Europa a la hora de lidiar con la situación en Yugoslavia y de ofrecer garantías de seguridad a los antiguos países del COMECON, pero no queda claro qué significa esto. *Disorder: Hard Times in the 21st Century*

no hace ningún intento de aplicar el modelo de las formas constitucionales polibianas en el plano internacional, ni de desarrollar otro marco conceptual para comprender este último.

En cierto sentido, ello resulta extraño. No es que la tradición pocockiana carezca de ejemplos de pensamiento político internacional. La elección de Polibio en lugar, por ejemplo, de Platón o Aristóteles, como autoridad pertinente sobre las formas constitucionales mixtas ilustra este hecho, ya que su libro *Historias* pretende explicar los logros de Roma, esto es, la conquista y unificación de todo el mundo mediterráneo, de este a oeste, en apenas medio siglo, como resultado de su admirablemente equilibrado sistema político. Filtrado a través de Tito Livio, Maquiavelo y Montesquieu, este fue el ideal escogido por los redactores de la Constitución estadounidense, que se enorgullecieron de ponerlo en práctica. Thompson no sigue a Polibio a este respecto, quizá por buenas razones, pero tampoco esboza un planteamiento alternativo. El resultado es que, a diferencia de su análisis de la política nacional, el análisis de la historia internacional, aunque a menudo es informativo, es resueltamente empirista: un elenco de hechos carente de intento alguno de formular hipótesis que estructuren las relaciones existentes entre ellos de modo sistemático. En este sentido, aunque Thompson describe los hechos y los procesos internacionales, no los explica exactamente.

El problema es evidente en su categoría clave, las líneas de fractura. La metáfora geológica nunca se traduce en sustancia político-económica. *Disorder: Hard Times in the 21st Century* tampoco propone una tipología de líneas de fractura, sociales, geopolíticas o económicas, que explique las condiciones en las que una puede prevalecer sobre la otra. Es realmente plausible considerar que la evolución económica, local e internacional, tiene cierto peso explicativo respecto de los comportamientos de índole política nacional, como hace Thompson en su análisis del auge y caída de las «naciones económicas» democrático-representativas, pero estas relaciones no generan por sí mismas una teoría de la geopolítica. En última instancia, Polibio tenía razón. Es imposible proponer una explicación de los hechos, procesos y comportamientos del mundo contemporáneo sin una caracterización y periodización verosímiles de la hegemonía estadounidense: sus orígenes, sus condiciones de posibilidad y sus objetivos estratégicos. No faltan bosquejos al respecto, procedentes de todo el espectro político, sobre este problema susceptibles de ser sometidos a escrutinio empírico: *Dangerous Nation*, 2006 (Kagan), *Liberal Leviathan*, 2011 (Ikenberry), *Frugal Superpower*, 2010 (Mandelbaum), *America's Grand Strategy and World Politics*, 2009 (Art), *Follies of Power: America's Unipolar Fantasy*, 2009 (Calleo), *The Peace of Illusions*, 2006 (Layne), *American Empire*, 2002 (Bacevich), *Incoherent Empire*, 2003 (Mann), *American Foreign Policy and Its Thinkers*, 2013 (Anderson); o, en términos más generales, *Adam Smith en Pekín* (2007),

de Arrighi. *Disorder: Hard Times in the 21st Century* no ofrece una caracterización de este tipo de la hegemonía estadounidense, pero quizá el próximo libro de Thompson lo haga.